

Trigésimo segundo domingo de tiempo ordinario

“Ustedes son la casa que Dios edifica”

RIXIO G PORTILLO
RAYMUNDO A PORTILLO
WWW.JESUS-SACRAMENTADO.ORG

La Iglesia celebra hoy una fiesta muy especial, haciendo memoria de la Dedicación de la Basílica de San Juan de Letrán en Roma, Catedral del Papa e Iglesia matriz de todo el catolicismo. Por eso después de haber celebrado a la iglesia celeste como se hizo hace ocho días, hoy la mirada se dirige a la Iglesia terrestre todavía peregrina en el mundo.

Y es que a pesar de que a nuestra sociedad secularizada le cueste entender la fe de los cristianos, hoy más que nunca se hace necesario que los católicos celebremos y proclamemos no sólo en lo que creemos, sino lo que somos: hijos de la santa madre Iglesia y miembros del Cuerpo Místico de Cristo.

Sobre este tema se centra la catequesis mesiánica presentada por Juan en el Evangelio, y por eso no se debe reducir el mensaje de este domingo, en un simple discurso moralista y anti-mercantilista; más que eso corresponde descubrir el profundo significado que tienen las palabras de Jesús: “Destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré”.

El mismo autor reconoce que Jesús hablaba del templo de su Cuerpo, que es su Iglesia, que como dirá Pablo es Casa de Dios; por eso el texto de hoy es una retrospectiva que hace el mismo Juan, para enseñar a los fieles lo que significa ser Casa de Dios y Cuerpo de Cristo.

Sin duda que ésta es una de las



grandes lecciones que debemos aprender los cristianos del siglo XXI, aprender a amar y a valorar a la Iglesia de Cristo; a pesar de los errores y pecados; pues entristece ver cómo generalmente son los mismos creyentes quienes critican y ofenden el misterio que la Iglesia representa y en el que todos estamos inmersos.

Por eso al mirar hoy la Iglesia de Roma, no debemos sólo recordar un acontecimiento del pasado, sino celebrar y venerar el misterio que representa, ya que si existe la Iglesia católica es porque Cristo la ha fundado, ha dado su vida por ella, y la ha transformado en su Cuerpo Místico, en la Luz de la gente, en la Casa donde Él mismo ha venido a habitar.

Evangelio (Juan 2, 13-22)

Cuando se acercaba la Pascua de los judíos, Jesús llegó a Jerusalén y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas con sus mesas. Entonces hizo un látigo de cordeles y los echó del templo, con todo y sus ovejas y bueyes; a los cambistas les volcó las mesas y les tiró al suelo la monedas; y a los que vendían palomas les dijo: “Quiten todo de aquí y no conviertan en un mercado la casa de mi Padre”.

En ese momento, los discípulos se acordaron de lo que estaba escrito: el celo de tu casa me devora.

Después intervinieron los judíos para preguntarle: “¿Qué señal nos das de que tienes autoridad para actuar así?” Jesús les respondió: “Destruyan este templo y en tres días lo reconstruiré”. Replicaron los judíos “Cuarenta y seis años se ha llevado la construcción del templo ¿y tú lo vas a levantar en tres días?”.

Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó Jesús de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho aquello y creyeron en la Escritura y en las palabras que Jesús había dicho.

Primera lectura (Ezequiel 47, 1-2. 8-9. 12)

En aquellos tiempos, un hombre me llevó a la entrada del templo. Por debajo del umbral manaba agua hacia el oriente, pues el templo miraba hacia el oriente, y el agua bajaba por el lado derecho del templo, al sur del altar. Luego de salir por el pórtico del norte y dar vuelta hasta el pórtico que mira hacia el oriente, el agua corría por el lado derecho. Aquel hombre me dijo: “Estas aguas van hacia la región oriental; bajarán hasta el Arabá, entrarán en el mar de aguas saladas y lo sanearán. Todo ser viviente que se mueva por donde pasa el torrente, vivirá; habrá peces en abundancia porque los lugares a donde lleguen estas aguas quedarán saneados y por dondequiera que el torrente pase, prosperará la vida. En ambos márgenes del torrente crecerán árboles frutales de toda especie, de follaje perenne e inagotables frutos. Darán frutos nuevos cada mes, porque los riegan las aguas que manan del santuario. Sus frutos servirán de alimento y sus hojas, de medicina”.

Segunda lectura (1 Corintios 3, 9-11. 16-17)

Hermandades: Ustedes son la casa que Dios edifica. Yo por mi parte correspondiendo al don que Dios me ha concedido, como un buen arquitecto, he puesto los cimientos; pero es otro quien construye sobre ellos. Que cada uno se fije cómo va construyendo. Desde luego el único cimiento válido es Jesucristo y nadie puede poner otro distinto.

¿No saben acaso ustedes que son el templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Quien destruye el templo de Dios, será destruido por Dios, porque el templo de Dios es santo y ustedes son ese templo.